

Catulli Carmina

M.D. Amorós

F. Duet

M.T. Francés

L. Pena

Data de recepció: 19/12/1997

A comienzos del curso académico 1963-64, los alumnos del INEM José de Ribera

[Metadata. citació](#)

RE

by Diposit Digital de Documents de la UAB

... para nosotros... En realidad, los alumnos setabenses siempre lo llamamos Don Manuel, Don Manuel Balasch.

Le recordamos con su cabeza frecuentemente gacha, con su sonrisa burlona, con su andar siempre un tanto apresurado y con una muy negra sotana que para nosotros siempre había sido sinónimo de profesor de Religión. Además, su pelo de cepillo, tan a la moda hoy en día, también nos chocaba, así como la blancura de su tez, interrumpida por unos sonrosados mofletes que hacían pensar en los exquisitos cuidados que el Hotel Españolito le debía deparar —esto último, a decir verdad, lo hemos pensado al cabo de los años.

Don Manuel consiguió despertar por fin en nosotros el gusto por las batallitas de los personajes homéricos y por la hermosísima lengua griega, tan denostada y olvidada hoy en día en los nuevos planes de estudios. ¡Qué agradables fueron sus enseñanzas y qué pena que se prive de ellas a las nuevas generaciones!

Volviendo a los recuerdos que de Don Manuel tenemos... Su situación personal y el hecho de que nosotros fuésemos los mayores de entre sus alumnos —y, al parecer, también los primeros—, hicieron que nuestra relación con él se prolongara fuera del aula: guardamos recuerdos entrañables de nuestros paseos con él, los sábados por la mañana, por los lugares más significativos de esta bella e histórica ciudad: el castillo, la ermita del Puig, el monte Vernisa... Es significativo de la forma de ser de Don Manuel el que en estos paseos no fuéramos nosotros, los lugareños, los guías, sino él, quien, motivado quizá por todo lo que significara cultura, era el experto y siempre sencillo «cicerone» ante nuestros oídos asombrados de su mucho saber y su ameno contar.

Pero si por algo recordamos con frecuencia la figura de nuestro entrañable profesor no es, curiosamente, por el Griego que nos enseñó sino porque gracias a él descubrimos y entró en nuestras vidas la maravillosa música de Carl Orff y, en particular, sus *Catulli Carmina* y *Carmina Burana*, en grabaciones que había traído de Alemania y que tuvo la feliz idea de hacernos escuchar. A pesar de nuestros gustos musicales de entonces —Sacha Distel, Françoise Hardy, el Dúo Dinámico,

Gigliola Cinquetti y demás—, la música de Orff nos fascinó, y no digamos los versos de Catulo, cuyo contenido en aquel momento ignorábamos, magnífico acicate para nuestro interés. Y es que Don Manuel, que no tenía inconveniente en ponernos el disco cuantas veces se lo pidiéramos, sí lo tuvo siempre en proporcionarnos la traducción castellana de los versos de Catulo. Como mucho, y ante nuestra insistencia, consentía en dejarnos ojear el texto latino incluido en la funda del disco, pero siempre muy rápidamente y sin comentarios. Y como nuestros conocimientos de Latín no daban entonces más que para *O mea Lesbia!, Odi et amo, Da mi basia mille*, la verdad es que nos tenía en ascuas e interesadísimos. Con o sin traducción (algo conseguimos traducir, algo aprendimos de más ¡oh prodigio de lo prohibido!), lo cierto es que la música de Carl Orff dejó tal impronta en nosotros que, cada vez que la escuchamos, y eso ocurre a menudo, el recuerdo de Don Manuel viene cariñosamente a nuestra memoria, indisolublemente ligado a ella.

Gracias, Don Manuel, por esa su forma de ser tan entrañable. Gracias, Don Manuel, por el Griego que con usted aprendimos. Gracias, Don Manuel, por la cultura que de usted emanaba y de la que algo quedó prendido en nosotros. Gracias, Don Manuel, por esa impagable iniciación a la buena música. Gracias, Don Manuel, por todo. Su recuerdo, con su sotana negra que sabemos que ya no lleva, con su media sonrisa, su buen hacer y buen obrar, con su gran amor por las lenguas clásicas, nos acompaña y nos acompañará siempre, de la mano de la música de Carl Orff.